

La misión hoy

Dr. Justo L. González



Iglesia de Fernando Barbosa
San Juan, Puerto Rico
11 de agosto de 2016

La misión hoy

Se me ha pedido que hable sobre la misión de la iglesia. Es un tema amplio, sobre el cual se han escrito y se siguen escribiendo centenares y millares de libros. Pero esa misma amplitud del tema frecuentemente nos esconde el carácter cotidiano y en cierto modo sencillo de la misión. Digo esto, porque muchas veces al hablar de la misión pensamos en grandes metas y tierras lejanas, y no nos percatamos de que en fin de cuentas la misión empieza con cada uno de nosotros y de nosotras.

Siempre recuerdo aquellas clases de escuela dominical cuando, de niño, se me contó acerca de los grandes misioneros. Se me hablaba, por ejemplo, de David Livingstone, el misionero escocés que pasó años atravesando el continente africano, buscando modos de detener el tráfico de esclavos, sufriendo indecibles dificultades y repetidas fiebres. Recuerdo cómo me impresionó el hecho de que cuando Livingstone, tras un viaje de largos meses atravesando el África, llegó por fin a la costa, y encontró un barco dispuesto a llevarle de regreso a su tierra natal y a los servicios médicos que necesitaba, se negó a embarcarse, sino que emprendió el viaje de regreso porque le había prometido al jefe de la tribu de quienes le acompañaban que volvería con ellos a su tierra. O se me hablaba de Albert Schweitzer, el misionero alsaciano y famoso organista que abandonó sus comodidades y su órgano para irse a servir como médico en un lugar recóndito de África. Recuerdo el dramatismo con que nuestra maestra de escuela dominical nos contó del día en que Schweitzer recibió un órgano que sus amigos en Europa habían hecho construir

usando materiales que las polillas africanas no pudieran destruir, y cómo Schweitzer, con lágrimas en los ojos dijo: “Ahora empiezo a entender algo de cómo se sintió Abrahán cuando le devolvieron a Isaac”. Y sobre todo recuerdo cómo en mis juegos infantiles, además de imaginarme que era Superman o Tarzán, me imaginaba que era Livingstone o Schweitzer.

Aunque esas historias, y muchas otras semejantes, eran inspiradoras, hoy me percaté de que tenían también consecuencias negativas. La vida de aquellos próceres de la misión era indudablemente admirable y digna de imitación. El problema estaba en que, en términos reales, el que yo pudiera ser como Livingstone era prácticamente tan improbable como el que pudiera ser como Superman o Tarzán.

Luego, todas aquellas historias de los grandes misioneros, al tiempo que me hacían soñar acerca de la misión, me distanciaban de ella, y yo me contentaba con decir “¡Ah, si yo pudiera ser como Livingstone o como Schweitzer!”. En consecuencia, la misión se me volvía cosa ideal, lejana de mi realidad.

Por eso, antes de tratar acerca de la misión en términos más amplios, conviene que nos detengamos a reconocer la misión que ocurre aquí entre nosotros día a día. La misión tiene lugar cuando los hermanos se aman unos a otros. La misión tiene lugar cuando una persona como yo puede llegar de tierras lejanas para una breve visita y ser recibida como en su casa y su familia. La misión tiene lugar cuando uno de ustedes, en lugar de quedarse en casa viendo su

programa favorito en televisión, va a visitar a otra persona enferma o agobiada.

En otras palabras, la misión tiene lugar dondequiera hay iglesia. Porque en fin de cuentas la relación entre la iglesia y la misión es tal que, de igual manera que sin iglesia no hay misión, también es cierto que sin misión no hay iglesia. O dicho de otra manera, la misión de la iglesia es ser iglesia. Si a una iglesia le falta algo en la misión, también le falta algo como iglesia. No es cuestión de que la iglesia haga misión o tenga una misión. Es más bien cuestión de que la iglesia es misión; y la misión es iglesia.

Naturalmente, eso hay que desempacar. Lo primero que hay que decir es que la relación entre la iglesia y la misión no es como la de dos pasos en un proyecto cualquiera. No es cuestión de que primero seamos una iglesia y luego busquemos qué misión hemos de emprender. Es cuestión de que en el mismo hecho de ser iglesia ya se va empezando a cumplir la misión de Dios.

Me explico. El centro de la misión de la iglesia está en dar testimonio del propósito de Dios para su creación. En medio de esta creación caída, de esta humanidad egoísta, de esta sociedad corrompida, el primer propósito de la iglesia es mostrarle a esa creación, a esa humanidad y a esa sociedad que hay otro orden posible, y que ese orden es el plan último de Dios. En otras palabras, la primera misión de la iglesia es anunciarle al mundo que hay esperanza, y que esa esperanza es lo que llamamos el Reino de Dios.

En el Nuevo Testamento, el Apocalipsis nos presenta esto en términos cósmicos. Allí se habla de dos ciudades: Babilonia la grande, que es la ramera sentada sobre siete colinas y borracha con la sangre de los mártires, y la Jerusalén celestial, que desciende del cielo como una novia ataviada para su esposo. Para entender esto a cabalidad, tenemos que entender que la palabra que allí se usa, polis, no quiere decir sencillamente una ciudad en el sentido en que hoy usamos esa palabra, como una conglomeración de la población. Una polis era eso y mucho más. Era también todo el orden económico, legal y político por el cual se regía una parte de la humanidad. En otras palabras, era lo que hoy llamamos un estado.

Para aclararlo, posiblemente nos ayude el hecho de que cuando los romanos traducían al latín la palabra griega polis tenían para ello dos palabras: *civitas* y *urbs*. De la primera derivamos nosotros nuestra palabra “ciudad”. Y de la segunda derivamos nuestra palabra “urbe”. Cuando los romanos hablaban de la *urbs romana*, se referían a aquel centro urbano que se había desarrollado en la península italiana. Pero cuando hablaban de la *civitas romana*, querían decir mucho más que eso. La *civitas romana* todo el orden social, económico y político que regía, no sólo en la *urbs romana*, sino en todos los territorios gobernados desde esa urbe. Es por eso que en nuestra lengua tenemos la extraña anomalía de que se puede ser ciudadano de España, que no es una ciudad, pero no se puede ser ciudadano de Madrid, que sí es ciudad.

Ahora bien, en el Apocalipsis vemos el contraste entre las dos ciudades, una la *civitas romana*, que se jacta de haber establecido en toda la cuenca del Mediterráneo un supuesto orden de paz

y prosperidad, pero en realidad oprime a los conquistados y se regocija en su idolatría y sus injusticias. Frente a esto, Juan ve otra ciudad, otro orden que desciende del cielo. Babilonia la grande, la ciudad que se imaginó dueña del mundo, ha caído, y se inicia un nuevo orden.

Pero todo esto no lo dice Juan sencillamente para el que los cristianos se consuelan sabiendo del Reino venidero. Lo dice también para que sepan que su orden de vida, el modo en que han de vivir y relacionarse unos con otros, es diferente del orden que gobierna en la ciudad terrena. Juan sabe que los cristianos viven todavía en el orden presente. Pero también sabe y quiere hacerles saber a quienes leerán sus palabras que somos ciudadanos de otro orden.

Y no es sólo Juan en el Apocalipsis quien dice esto. También lo afirma con otras palabras el apóstol Pablo cuando dice que “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, el Señor Jesucristo” (Fil 3.20). No olvidemos que quien escribió esas palabras tenía el inusitado privilegio de ser ciudadano romano. Pero a pesar de ello lo que para él es importante no es esa ciudadanía terrena, sino la ciudadanía celestial.

Todo eso bien podría resultar en un escapismo, llevándonos a pensar que, puesto que nuestra ciudadanía está en otro lugar, no ha de importarnos la vida presente. Pero ese no es el propósito ni de Juan ni de Pablo. Lo que Juan y Pablo nos invitan a hacer no es desentendernos de la ciudad terrena y de nuestra vida dentro de ella, sino más bien a vivir dentro de la presente ciudad, dentro de la presente sociedad, dentro de su presente orden, como quienes somos

miembros de otra ciudad, de otra sociedad que sigue un orden diferente. Esto mismo lo dice Jesús en otras palabras: “los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores, pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que dirige, como el que sirve” (Lc 22.25-26).

Todo esto quiere decir que el fundamento de la misión de la iglesia está en dar testimonio dentro del orden presente, que en realidad es desorden, de un orden diferente; dentro del desorden de violencia, de un orden de paz; dentro del desorden de abuso y de injusticia, de un orden de servicio y de justicia; dentro del desorden de una sociedad en que cada cual busca lo suyo, de un orden de amor en el que cada cual busca el bien de su prójimo.

Todo esto quiere decir que el centro de la misión de la iglesia está en ser verdaderamente iglesia; en ser una comunidad que de algún modo apunte hacia el Reino venidero de Dios. Pero ese apuntar hacia el Reino no consiste solamente en anunciarlo verbalmente. Es también cuestión de vivirlo, de tal modo que quienes estamos en la iglesia, aun en medio de todas nuestras imperfecciones, podamos de algún modo tener un anticipo del futuro que esperamos.

Lo que todo esto quiere decir para mí es que, aunque nos inspiren y nos intriguen las historias de los grandes misioneros, evangelistas y mártires, la misión empieza aquí mismo en casa. Empieza creando una comunidad de amor, solidaridad y servicio. Empieza cuando en nuestra comunidad de fe experimentamos ese anticipo del Reino. Es por eso que las divisiones, las

contiendas, los chismes y la politiquería dentro de la iglesia tienen una dimensión trágica. En un club cualquiera, o en la oficina o la escuela, tales cosas siempre molestan. Pero en la iglesia contradicen el mensaje mismo por el que la iglesia vive. Una vez más, la misión empieza en casa.

Por otra parte, no es necesario decir que por mucho que tratemos de evitarlo siempre habrá en la iglesia no sólo desacuerdos, lo cual es necesario y hasta útil, sino también todo eso otro que acabo de decir — chismes, contiendas, politiquería. Esto nos lleva entonces al próximo punto respecto a la misión de la iglesia. El centro de vida de la iglesia es el culto. El culto es acto de alabanza a Dios y de regocijo y gratitud por todo lo que Dios ha hecho y hace por nosotros. Pero el culto es también un lugar en el que hemos de escuchar la Palabra de Dios que se dirige a nosotros y nosotras, no solamente como individuos, sino también como comunidad de fe. Por eso me parece que es importante que recuperemos un elemento en el culto tradicional de la iglesia que frecuentemente se va perdiendo, y esto es la oración de confesión. La oración de confesión es la oportunidad para que, tras escuchar la Palabra de Dios y medirnos a base de ella, confesemos nuestras faltas y pecado, y pidamos reconciliación tanto con Dios como entre nosotros mismos. Por eso es que en el culto tradicional de la iglesia el ósculo de paz venía inmediatamente después de la oración de confesión y declaración del perdón divino. Gracias a esa oración, y a la respuesta sanadora de la gracia de Dios, podemos reconciliarnos no sólo con Dios, sino también unos con otros. Ese es el sentido de la costumbre que se va restaurando en muchas iglesias de tener un momento en el cual nos saludamos mutuamente, con la esperanza

de que saludemos y compartamos la paz particularmente a aquellas personas con quienes hemos tenido diferencias o conflictos.

Sin este tipo de reconciliación, la iglesia no es iglesia, y su misión, por muy activa que parezca, no es lo que debería ser.

Pero, por otra parte, al tiempo que la vida interior de la iglesia es parte de su misión, también hay que subrayar que la misión se vierte siempre hacia afuera. No es cuestión de tener aquí un lugarcito sagrado donde nos apartamos de las dificultades del mundo para regocijarnos en nuestro amor mutuo. Es cuestión de que esa experiencia de vida cristiana nos mueva entonces en dos dimensiones paralelas. La primera de ellas es dar testimonio del Señor de la iglesia. La segunda es descubrir, reconocer y señalar la presencia de ese mismo Señor en otros lugares en torno nuestro.

AETH

Empecemos por lo primero, que es lo más conocido. Ciertamente, la misión incluye testimonio hacia fuera. Pero es una clase particular de testimonio. Es un testimonio cuya forma va determinada por su contenido.

Me explico. Hacia el fin del Evangelio de Juan, tras su resurrección, Jesús se presenta entre los discípulos y les dice “como el Padre me envió, así también yo os envió”. La misión de la iglesia se basa en ese envío de Jesús. Pero no olvidemos que Jesús dice “así como el Padre me envió...”.

No somos enviados como una compañía de jabones envía vendedores a vender jabones, y mucho menos como esos sistemas que ahora hay de llamar a la gente automáticamente por teléfono para venderles un político o un producto. Somos enviados como Jesús fue enviado. Y ese envío involucra presencia. Jesús no es una palabra que Dios escribió allá en las nubes, ni un discurso que Dios habló con voz de trueno. Jesús es la presencia misma de Dios en medio nuestro. En Jesús, Dios no nos habla desde la lejanía, sino que se acerca a la humanidad y camina y sufre con ella. Luego, el que la iglesia sea enviada como Jesús fue enviado implica que no basta con que la iglesia haga declaraciones altisonantes, ni con que por radio y televisión hablemos acerca de Jesús. También es necesario que, como Jesús, la iglesia esté en medio de los dolores y las esperanzas humanas, y sobre todo que la iglesia sufra con quienes sufren y se regocije con quienes se regocian. La iglesia no está para mirar al mundo desde fuera y criticarlo, sino para introducirse en ese mundo y allí por su misma presencia dar testimonio de este Jesús que siendo en forma de Dios no tuvo el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los humanos. Si Jesús no vino para ser servido, sino para servir, la iglesia tampoco ha sido creada para ser servida, ni para ser admirada, ni para tener poder, sino para servir. Sin el servicio, la misión no es misión de Jesucristo.

Pero también dije que parte de la misión de la iglesia es descubrir, reconocer y señalar la presencia de ese mismo Señor en otros lugares en torno nuestro. Si mencionamos el envío misionero en el capítulo 20 de Juan, debemos recordar el otro, mucho más conocido, que

aparece al final del Evangelio de Mateo, y que comúnmente se conoce como la Gran Comisión. Muchos hemos aprendido sus palabras de memoria desde nuestros primeros pasos en la vida de la fe: “id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y el del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. Yo mismo las aprendí en aquella escuela dominical a la que me referí al principio, donde primero escuché de misioneros tales como Livingstone y Schweitzer. Según se me explicaba entonces, estos grandes misioneros, en obediencia a la Gran Comisión, fueron a aquellas tierras lejanas para llevar consigo a Jesucristo.

Pero eso no es lo que la Gran Comisión dice. Las palabras “id y haced discípulos a todas las naciones” van precedidas de la frase “por tanto”. Mateo 28.19 no empieza diciendo “id y haced discípulos”, sino que empieza con las palabras “por tanto”. Esas palabras, “por tanto”, dan la razón de lo que sigue. Ciertamente, hemos de ir y hacer discípulos. Pero la razón de esto no es que tengamos que llevar a Jesús donde no estaba. Al contrario, la razón es que ya Jesús es Señor de todas las naciones. Él dice : “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra, por tanto...”. No nos manda ir para hacerle Señor, sino que nos manda porque ya él es el Señor.

Si volvemos entonces, por ejemplo, a la obra de Livingstone en África, descubrimos que parte del éxito de su misión se debió a su conciencia de que, aunque su tarea era anunciar a Jesucristo, ya mucho antes que él Jesucristo mismo estaba en África esperándole. Esa fue la razón del profundo respeto que Livingstone siempre manifestó hacia el pueblo de África y su

sabiduría.

Pero eso que es cierto de la misión en el sentido mundial es también cierto de esta misión a la que me refería al principio, que empieza en casa. La misión de la iglesia en Puerto Rico no es hacer que Jesús venga a ser Señor de Puerto Rico. Ya Jesús lo es, aunque no lo sepan los políticos, aunque no lo sepan los incrédulos, aunque no lo sepan los comerciantes, y hasta aunque a veces a nosotros mismos se nos olvide. La misión de la iglesia en Puerto Rico incluye eso de que hablé antes: descubrir, reconocer y señalar la presencia de nuestro Señor en otros lugares en torno nuestro — incluso en lugares en los que se le desconoce, se le desobedece y hasta se le desprecia. Reconocer la presencia de nuestro Señor allá afuera, aparte de nuestra iglesia y de nuestro testimonio, nos ayuda en eso otro que mencioné antes, de ser una iglesia que no está para ser servida, sino para servir. Estamos aquí para servir a una isla en la que, a pesar de todo lo que pudiera decirse de sus políticos desobedientes, de sus finanzas corrompidas o de su violencia doméstica, Jesucristo está actuando. Está actuando a través de la iglesia. Pero también está actuando, de maneras que no alcanzamos a comprender, aparte de nosotros y de la iglesia.

En resumen, hay un elemento interno de la misión de la Iglesia, que consiste en asegurarnos de que la iglesia sea la iglesia, de que sea un ámbito en el que se pueda experimentar al menos un atisbo del Reino glorioso que esperamos. Hay otro elemento que consiste en anunciarle al mundo que nos rodea la gracia y el amor de Dios que hemos conocido en Jesucristo por virtud

del Espíritu Santo. Y hay un tercer elemento que consiste en descubrir, reconocer y unirnos a lo que nuestro Señor Jesucristo está haciendo ya en torno nuestro aun aparte de la iglesia y hasta de cualquier afirmación religiosa. Y ese Señor que nos invita a gozar ya de un anticipo de su Reino, que nos conmina a dar testimonio de él, y a encontrarle en lugares inesperados en la sociedad que nos rodea, estará con nosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

